

Los entresijos de la alianza hispano británica: problemas militares políticos y diplomáticos que hubo que resolver

Desde el principio de la Guerra de la Independencia las relaciones hispano-británicas estuvieron marcadas y condicionadas por una conflictividad constante. No fue una alianza fácil, incluso se la ha calificado como “infeliz”¹ ya que la polémica que engendró se extiende todavía en la actualidad. Los historiadores han ocupado el campo que los políticos abandonaron hace casi doscientos años para añadir su interpretación a unos hechos que siguen motivando un desencuentro casi permanente entre españoles y británicos. No parece oportuno entrar a analizar lo que se ha escrito, cómo se ha escrito puesto que las diferencias de criterio en la valoración de los hechos siguen todavía muy vivas entre los historiadores. No obstante parece que ambas partes han empezado a hacer un ejercicio de comprensión, ponerse en el lugar de la otra y analizar fríamente los aspectos que justificaban a cada una. La comprensión solo puede llegar por este procedimiento. No es fácil, pero creo que, como parte española, me debería situar en cómo la británica comprendió el conflicto y cómo su actuación se hizo de una determinada manera.

Para llegar a describir los problemas que hubo que resolver es necesario partir de una pequeña descripción del concepto que ambos lados tenían de la Guerra de la Independencia o Peninsular War.

Para Gran Bretaña el inicio de la guerra en España suponía el cambio radical de una nación con la que todavía se mantenía una guerra en un posible aliado y la apertura de un inesperado frente en el sur de Europa. El Emperador se vería obligado a intervenir desviando tropas de Alemania a España. El bloqueo continental se podría romper por este sur. La creación de ese frente interesaba para ir debilitando a Francia, pero Gran Bretaña era consciente que sus recursos humanos y materiales no eran suficientes para derrotar ella sola a Napoleón. Ni siquiera con la ayuda de todos los españoles era posible hacerlo. Por lo tanto, esta oportunidad suponía que el Reino Unido podría aportar hombres y materiales, pero en cantidades limitadas en el primer caso y según la disponibilidad de los recursos en el segundo caso. A España se podría enviar un ejército poco numeroso de alta calidad profesional que debería **entretener** a los ejércitos franceses el **mayor tiempo posible** para que las potencias centrales europeas, Austria, Prusia y Rusia pudieran recuperarse de las derrotas anteriores y volver a iniciar otra guerra con Francia. Un ejército británico contra varios ejércitos franceses. Por lo tanto, ya que se trataba de **un** solo ejército habría que cuidarlo al máximo. En realidad este era **el** ejército británico. Al poner al frente del mismo a Arthur Wellesley esta estrategia se aplicó de forma rigurosa y coherente. Solo había que arriesgar a los soldados británicos en batallas defensivas, de puro desgaste, conociendo muy bien el terreno y teniendo siempre la posibilidad de retirarse a Portugal donde se había establecido una línea de abastecimiento que se prolongaba hasta Lisboa. El mismo Wellesley afirmó que su objetivo principal era la defensa del territorio portugués y no liberación de la nación española. Sabía que no podía hacerlo con medios limitados. Cuando Wellesley desembarca en abril de 1809 en Lisboa solo cuenta con 25.000 hombres a los que se podrían sumar unos 16.000 portugueses. Una cifra muy dispar si se compara con la que los franceses llegaron a disponer en España y que en algunos casos superó los 360.000 hombres. Casi uno contra diez. En

¹ Así la califica Charles Esdaile en el primer capítulo, “An Unhappy Alliance” de *The duke of Wellington and the command of the Spanish Army*. Mac Millan Press 1990. página 1

consecuencia, ese ejército solo se podría enfrentar numéricamente con un ejército francés, pero no contra varios al mismo tiempo y ni siquiera de forma consecutiva, como luego veremos. Además, la terrible experiencia de Sir John Moore al penetrar por el interior de España sin haber evaluado debidamente los caminos de acceso, para encontrarse con la desoladora realidad, en noviembre de 1808, de que los ejércitos españoles con los que debería colaborar habían sido destruidos - lo que le obligó a una terrible retirada hacia La Coruña que le costó la vida - era un precedente siniestro que siempre pesaba para evitar llegar a una situación similar. Una línea de retirada hacia Lisboa siempre debería estar disponible por si fuera necesaria una evacuación, que no daría lugar a la citada de sir John Moore. Si se penetraba de nuevo en España sería necesario hacerlo con las garantías suficientes para que se conservaran las unidades con pocas pérdidas. Por lo menos, con el menor desgaste. Este era otro factor decisivo. Si se perdía el terreno conquistado, no importaba, lo principal era conservar hombres. Ese terreno además pertenecía a otra nación, español o portugués. Con el menor número de bajas posibles, la retirada no se consideraba una derrota sino algo diferente. La información sobre la situación de los franceses, el aprovisionamiento asegurado desde Portugal y desconfiar de ciertas promesas de los españoles, tanto de sus informes sobre los movimientos franceses, como de su interés en la cooperación deberían marcar la actuación británica en el principio de su intervención en la Península Ibérica. El ejército británico en la Península debería ser una amenaza latente de tal calibre que, sin ser mortal para Francia, ésta se vería obligada a mantener una fuerza muy numerosa en España que habría sido necesaria en otros teatros bélicos. Esta estrategia obligaría a los franceses a una campaña de una duración mucho más larga de lo que estaban acostumbrados en el resto de Europa. Tiempo largo versus tiempo corto. Para los británicos no había prisa. Mantenerse en España con pocas pérdidas era ya un gran triunfo.

La concepción española de esta guerra era muy diferente, se puede decir que **opuesta**. El país estaba ya invadido en gran parte al comienzo de la guerra, escaso de recursos materiales, sobre todo en armamento, con una gran cantidad de hombres disponibles que se podrían movilizar, pero a los que difícilmente se podría armar, vestir y mucho menos instruir. **No había tiempo** para esto último. La alianza con el Reino Unido suponía para los españoles que una nación rica podría resolver todos esos problemas además de que ayudaría con sus fuerzas a expulsar los franceses de inmediato. La clave estaba ahí, en el tiempo necesario. Las autoridades que encabezaron la resistencia convertidas más tarde en Juntas Provinciales, luego en la Junta Central y definitivamente en la Regencia querían **solo victorias**. La derrota lo **más rápida** posible de los franceses. Bailén, actuó como un **engañoso espejismo** de lo que podía ser un modelo de las posibles batallas que se soñaban, cuando la realidad era completamente diferente. Pero los españoles pensaban que la ayuda británica sería **decisiva** para arreglar su situación en muy poco tiempo. Las autoridades españolas sentían que no podían perder más territorio, que la rendición de una plaza fuerte era una catástrofe que pesaría sobre la moral de los que todavía seguían luchando. Los ejércitos derrotados deberían volver una y otra vez a enfrentarse a los franceses para acumular más desastres que se aceptaban y asumían con el conocido y resignado lema de **“No importa”**. Por eso, aunque, a veces, solo había restos o esqueletos de ejércitos, la propaganda en la región por donde se movían, se magnificaba para dar la sensación que eran mucho más importantes de lo que en realidad podían ser. La fantasía debía alimentar la moral de la población y en algunos casos funcionó. Algunos generales que se nombraban, o ponían, al mando de estos débiles ejércitos no eran tan ineptos y tan imbéciles como se suponía, sino más bien sabían que contaban con profundas y graves limitaciones. La sensación de aceptar una batalla o un

combate, de forma aparentemente insensata, con nulas posibilidades de salir victorioso, pesaba en el ánimo de varios, quizás de muchos, hasta hacerlos aparecer como irresolutos o incompetentes ante los ojos de los británicos. Conocían sus carencias y a pesar de eso había que ir al enfrentamiento frontal sabiendo que casi todas las posibilidades estaban en contra. Desde el punto de vista español el tiempo, si se prolongaba, era un factor negativo porque creaba en la población que permanecía bajo la ocupación francesa, la **sensación de que la guerra estaba perdida**. Posiblemente esta sensación fue la que movió a la población de Sevilla, Córdoba Málaga y otras a dar un triunfal recibimiento al rey José I en los primeros meses de 1810 cuando tiene lugar esa invasión. No tiene nada de extraño que la caída de ciudades como Zaragoza, Gerona, Ciudad Rodrigo, Tarragona, Tortosa y otras fueran consideradas como verdaderas catástrofes porque todas ellas representaban acertadamente una simbología de la resistencia que había fracasado en las batallas de campo abierto.

La inicial rebelión española podía considerarse como caótica si se analiza la forma en que se organizó. Cada Junta Provincial actuaba por su cuenta declarando la guerra, en algún caso, de forma unilateral a Francia. Los recursos que se enviaron desde Gran Bretaña para varias Juntas después de que se habían enviado delegados para solicitar ayuda, a veces no salían de esa región. Por ejemplo la de Asturias había recibido 20 millones de reales de Gran Bretaña y solo había entregado dos a la Junta Central y de 20.000 hombres bajo las armas en su zona solo aportó 8.000 a la batalla de Espinosa de los Monteros.² La autonomía en la decisión para repartir estos recursos se convirtió en un egoísmo absurdo a los ojos de los observadores militares británicos que no podían comprender que los envíos no se compartieran con las otras provincias, pero la explicación en muchos casos se basaba en las sospechas de afrancesamiento que se combinaban con las **ansias locales de poder**. No tiene nada de extraño que estos observadores, que llegaron a España en junio de 1808, encontraran este proceder tan absurdo como siniestro. Otro aspecto que actuaba como un imán para los responsables de la lucha era la necesidad de **reconquistar Madrid a toda costa**. La capital tenía una fuerte atracción para ellos y su obsesión era recuperarla, como ocurrió después de Bailén, pensando que la guerra estaba ganada con ese hecho. De esta forma se perdieron ejércitos que podrían haberse conservado intactos al plantear batallas, como Uclés, Almonacid y Ocaña, en la meseta central de Castilla, donde la caballería francesa gozaba de una superioridad más que indiscutible, total. Otro aspecto que condicionaba la marcha de las operaciones desde el lado español era la **falta de un mando único**. Arthur Wellesley, más tarde Wellington, debía de ponerse de acuerdo con un general español – que parecía a veces obstinado, intransigente y orgulloso - para conjugar cualquier acción y esto suponía multiplicar los problemas de coordinación. Pero como al mismo tiempo, a los británicos no les gustaba ponerse bajo el mando de un general español que les diera garantías suficientes, los conflictos eran difíciles de resolver. Las impaciencias y sobretudo las improvisaciones del lado español enojaban al británico. Pero además, las gestiones de los diplomáticos británicos para que los responsables españoles resolvieran la cuestión del mando único fueron sentidas como un intento de **manipular los asuntos internos**.

Al comienzo de la guerra, España era un país cuya economía estaba en **total bancarrota**. Si a principios del siglo XIX ya había grandes dificultades para alimentar a la población, la presencia continua de tropas en determinadas regiones empeoraba la situación. La hacía tan catastrófica, que los ejércitos de ambos bandos se quedaban

² Servicio Histórico Militar, Juan Priego López ponente, *Guerra de la Independencia Campaña de 1808* Edit. San Martín 1972 vol.4 págs 138 y 139 y José M^a Queipo de Llano (Conde de Toreno), *Historia del Levantamiento, guerra y revolución en España* Baudry , Librería Europea París, Nueva edición 1851 lib.VIII apéndice n° 7 pág. 507

inmovilizados por la falta de comida. Esto no era un caso infrecuente en el norte de Extremadura, zona de continuos combates y circulación de unidades. Por eso, si las mismas fuerzas españolas debían actuar de forma radical y, a veces, muy dura, para conseguir alimentos, malamente podían alimentar a los soldados británicos que estaban menos acostumbrados a pasar las privaciones del calibre que aquí se encontraron. Lo mismo se puede decir de los medios de transporte. Un compromiso por parte de la Junta Central o la Provincial de turno en ese sentido carecía muchas veces, la mayoría, de visos de realidad, para poderse llevar a la práctica.

Con esta presentación previa, excesivamente larga, pero necesaria, es lógico que los problemas militares, políticos y militares que había que resolver fueran calificados como impresionantes. Se podrían analizar de forma cronológica.

El inicio de la forma británica de actuar, ya descrita, se encuentra en la carta enviada por Arthur Wellesley al ministro de la guerra lord Castlereagh el 7 de marzo de 1809:

“He tenido siempre la opinión de que Portugal podría ser defendido cualquiera que fuese el resultado de la contienda en España y que las medidas tomadas para la defensa de Portugal, podrían ser muy útiles para los españoles en su lucha contra los franceses. Mi idea es que la fuerza militar portuguesa debería ser reconstruida y que además de estas tropas, Su Majestad podría utilizar 20.000 tropas británicas incluyendo 4.000 de caballería. Mi opinión es que, aunque España fuera conquistada, los franceses no serían capaces de someter Portugal con una fuerza inferior a los 100.000 hombres. Mientras la lucha continúe en España esta fuerza (los 20.000 hombres) podría estar en acción lo cual sería de gran utilidad a los españoles y podría eventualmente decidir la contienda”³

Esta carta ya indica la idea de Wellesley sobre el uso de ese ejército numéricamente muy reducido y que su empleo sería de “gran utilidad” a los españoles cuando esté actuando en Portugal. No se menciona una posible actuación permanente en España.

Desde la liberación de los puertos de Galicia el flujo de envíos británicos de armas y pertrechos es abundante y permite que las improvisadas fuerzas patriotas de Galicia consigan la evacuación francesa amenazada además por la presencia británica en Portugal.

Vayamos ahora a la campaña de Talavera donde esta Alianza pasaría por una crisis importante. Sobre esta campaña se ha escrito mucho en el Reino Unido donde se han publicado varios libros⁴ y otro tanto sucede en España, uno de los cuales tiene un título tan significativo como, *Crisis de una Alianza*.⁵ Aquí la polémica está servida y a gusto del consumo que los diferentes historiadores de ambos países han podido pasar por la cocina de su interpretación. Esta campaña, que tiene lugar en julio de 1809 es la única

³ Charles Oman *A History of the Peninsular War II: January - September 1809. From the Battle of Corunna to the End of the Talavera Campaign*. Greenhill Books London 1995. Pag 287

⁴ Peter Edwards, *Talavera. Wellington, s Early Victories 1808-9* The Crowood Press Ltd ,Ramsbury, Marlborough Wiltshire 2005, Andrew W. Field, *Talavera. Wellington's First Victory in Spain*, Pen & Sword Military ,Barnsley, South Yorkshire, 2006

⁵ Juan José Sañudo, Leopoldo Stampa *La Crisis de una Alianza (La campaña del Tajo de 1809)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996, J. M. Rodríguez y Dionisio Álvarez Cueto *Talavera 1809. Primera victoria aliada*. Almena, Madrid 2004

que caracteriza en tres años, la penetración, o si se quiere, la incursión en profundidad más importante del ejército anglo-portugués en España. La próxima es en Arapiles, julio de 1812. No hay otras.

Después de la expulsión del mariscal Soult de Portugal Athur Wellesley tenía varias alternativas. Una de ellas era marchar sobre Salamanca desde Almeida donde no se encontraban fuerzas francesas importantes, pero tampoco había españolas con las que montar una operación combinada. La segunda era enfrentarse al mariscal Victor que después de su victoria en Medellín se había situado al norte de Extremadura sin haber avanzado sobre Badajoz o Sevilla y donde se podía contar con el ejército del general Cuesta. Entre ambos podían llegar a más de 50.000 hombres duplicando así a los de Victor. Parece que, en principio, el objetivo de Wellesley era solo de vencer a Victor. Sin embargo, este mariscal, que estaba padeciendo las consecuencias de mantenerse en una región tan devastada por la guerra que no tenía recursos para alimentar a los hombres, recibió el visto bueno del rey José para retirarse hacia Talavera. Allí podría encontrar suministros estando cerca de Madrid. Esta retirada cambiaba el plan inicial acordado en varios correos con el general Cuesta y obligaba a que, el ejército británico debería recorrer una gran distancia en España, para presentar batalla al mariscal francés. La colaboración con Cuesta era vital y había que valorarla sobre el terreno. Wellesley se desplazó a Casas del Puerto de Mirabete donde le esperaba Cuesta con su ejército. Allí tuvo la oportunidad, tanto él como sus ayudantes, de valorar la calidad de este ejército y esa valoración no resultó positiva. Según la apreciación de Lord Londonderry que acompañaba a Wellesley se trataba de campesinos armados parcialmente como soldados, mal equipados, con poca instrucción y disciplina bajo el mando de generales, que eran de edad avanzada con solo dos excepciones. Todo ello coincidía con los informes de otros observadores que habían acompañado a Cuesta en los meses anteriores, incluso en el desastre de Medellín. En esta sangrienta batalla que tuvo lugar a finales de marzo de ese año, Victor aniquiló el ejército de Cuesta y éste había tenido solo tres meses para reconstruirlo a pesar de las aportaciones de nuevas unidades que había enviado la Junta Central. Era imposible instruir en ese tiempo a campesinos de la Extremadura profunda en el uso de las armas de fuego. Es probable que algunos hicieran su primer disparo en la batalla que se avecinaba con los resultados que lógicamente ocurrieron. El segundo problema que se le planteaba al general británico era que debía hacer el mismo recorrido que su rival francés: marchar con sus hombres en una región completamente agotada por el tránsito de los ejércitos. El general inglés había recibido promesas desde la Junta Central de que entre Coria y Plasencia podría encontrar carros y alimentos. Pero la realidad fue muy diferente. No sabemos si Wellesley tenía información por medio de uno de sus subordinados, Benjamín D'urban, de que Cuesta ya estuvo a punto de renunciar en el mes de enero al mando, porque la junta de Extremadura no le proporcionaba alimentos para sus hombres, ni siquiera para los caballos. La recogida de estos recursos por parte de la Junta de Extremadura no era fácil debido al mercado negro que varios inspectores practicaban por los pueblos que inspeccionaban. Por tanto, el aprovisionamiento del ejército de Wellesley era bastante dudoso. Además, las relaciones personales del jefe británico con el general Cuesta comenzaron a complicarse. Su origen estaba en los interiores, o si se quiere, en los pasillos de la propia Junta Central, la cual, como suprema institución de la resistencia española, generaba numerosas intrigas entre todos los que aspiraban a una parcela de poder cualesquiera que fuera su tamaño. Esta Junta había sufrido varias conspiraciones para sustituir a sus componentes protagonizadas una de ellas por el conde de Montijo, un verdadero profesional, que había convertido el arte de la conspiración permanente en el anhelo principal de su existencia. Cuesta tenía

en esta pequeña corte numerosos enemigos. Entre ellos podían incluirse algunos compañeros de armas como el duque del Infantado, que habían sido destituidos por reverses anteriores, mientras que Cuesta continuaba al mando del ejército de Extremadura a pesar de la catástrofe de Medellín. Algunos de los intrigantes deseaban dar el mando del citado ejército al duque de Albuquerque que era responsable de una división de caballería del mismo. El duque era un admirador de los británicos y amigo personal de John Hookham Frere el embajador y ministro plenipotenciario. Éste había dirigido varios escritos a la Junta recomendándole el mando de un cuerpo independiente que funcionara en estrecha colaboración con el ejército de Wellesley ⁶ Pero Frere había comentado privadamente a sus amigos de la Junta la posibilidad de que el mando de los ejércitos españoles fuera confiado a Arthur Wellesley. Sin embargo, el diplomático británico era consciente de que a pesar de la fama del vencedor de Vimeiro y Oporto era grande, todavía no era ocasión ni momento para que los generales españoles aceptaran que la defensa de su país se confiara a un general extranjero a pesar de las derrotas de Espinosa, Tudela y Medellín. El propio Wellesley sabía que todavía no era el momento oportuno y así se lo hizo saber a Frere en una carta enviada antes de reunirse con Cuesta. ⁷ Pero como en Sevilla la discreción de muchas personas relacionadas con miembros de la Junta no era una virtud, la caja de resonancia de los rumores estaba lo suficientemente cargada de decibelios como para que los amigos de Cuesta informaran a éste sobre los citados rumores y las sugerencias de Frere. Todo esto debía determinar de forma muy negativa las relaciones entre los dos generales. Sin intentar hacer una apología del general Cuesta, porque su contrapartida británica es suficientemente conocida, bastará la descripción breve de algunos hechos que hasta entonces habían actuado como importantes condicionantes en su conducta. No se trata de que actúen como justificación, si no por lo menos de comprensión. Este general que era Capitán General de Castilla se encuentra en Valladolid cuando la rebelión le coge, como a otros muchos cargos militares, con el paso cambiado. Esta confusión que a varios generales les costó la vida, a Cuesta estuvo a punto de sucederle lo mismo. En Valladolid se montó una horca para convencer al obstinado general que ese era el destino que le esperaba si no se incorporaba a la lucha contra los franceses. Cuesta que contaba solo con unos 2.000 hombres de la guarnición no tuvo más remedio que aceptar esa “sugerencia” y verse obligado por los “rebeldes”, o “patriotas” según se mire, a aceptar un combate en el puente de Cabezón de forma disparatada desde el punto de vista militar. Después interviene en la batalla de Medina de Rioseco junto con el ejército de Galicia al mando de Blake, el cual llevaba instrucciones concretas de la Junta de Coruña de desconfiar de Cuesta y no ponerse a sus ordenes. Consecuencia: una batalla perdida porque ambos generales actúan separadamente. Después de este suceso, el general Cuesta debe hacer frente a las maniobras del antiguo Ministro de Marina Valdés, que operando desde la Junta de Galicia, pretende que su caballería, lo único que le queda de sus fuerzas, pase a depender del ejército de Galicia cuyo jefe seguía siendo Blake. Como consecuencia, Cuesta hace aprisionar a Valdés en septiembre junto con su sobrino, pero la Junta Central, a su vez, destituye y arresta a Cuesta ese mismo mes. Cuando la Junta evacua Aranjuez, se le conduce a Sevilla, pero es liberado en Mérida por un movimiento popular que quiere hacerle jefe del ejército de Extremadura. Este nombramiento se hace teniendo en contra a las dos Juntas, la Central y la de Extremadura. El general Cuesta debe crear un ejército partiendo de cero y hacerlo con rapidez porque

⁶ Oman Vol. II pag 465 Sobre este punto hay varias interpretaciones una de ellas la de Priego dice que bajo las ordenes de Wellesley, Priego vol. 4, pag 195

⁷“I am much flattered, by the notion entertained by some of the persons in authority at Seville, of appointing me to the command of the Spanish armies. I have received no instruction from Government upon that subject: but I believe that it was considered an object of great importance in England that the Commander-in-chief of the British troops should have that situation. But it is one more likely to be attained by refraining from pressing it, and leaving it to the Spanish themselves to discover the expediency of the arrangement, than by any suggestion on our parts”, Oman Vol. II pag 466, Esdaile pag, 34

el Mariscal Victor se decide invadir Extremadura. La Junta no le abastece, amenaza con dimitir y solo en tres meses debe preparar sus hombres para repeler al mariscal francés. Cuando se ve obligado a hacerlo, porque la Junta no acepta que se retire cerca de Badajoz, tiene que plantear la batalla de Medellín que resulta una auténtica catástrofe. Hay que reconstruir un ejército en tres meses, que es el que coincidirá con el británico en la campaña de Talavera. Con estos condicionantes es normal que Cuesta actuase de determinada manera en esa campaña ante los militares británicos que le podían calificar a este anciano general de orgulloso, obstinado, siniestro, malvado, achacoso, estúpido y muchos más adjetivos.⁸ Todos son pocos. Para acabar de rematar el panorama, la Junta tiene la “brillante” idea de nombrar al general Venegas, enemigo personal de Cuesta, para que realice una diversión cerca de Toledo con objeto de distraer la fuerzas del mariscal Sebastiani y que actúe a las órdenes de Cuesta. Con estos precedentes, más bien ingredientes, es fácil comprender que las relaciones hispano británicas en la campaña de Talavera no podían salir bien. Lógicamente Arthur Wellesley se encontraba con un general desconfiado e intransigente, que recibía con mucho recelo cualquier sugerencia británica y que sospechaba que Wellesley era otro intrigante que aspiraba a ser su jefe. Más aún, porque Cuesta era casi 30 años mayor que su colega británico y sabía que su vida se consumiría en esta campaña con un juicio de la historia que podía ser muy negativo. No entra dentro de esta ponencia la descripción de la campaña de Talavera después de un preámbulo tan extenso. Baste saber que cuando el ejército británico llega a España, comienzan los problemas de abastecimiento al ser incapaz la Junta de Extremadura de suministrar alimentos y sobretodo medios de transporte. Más adelante, cuando Wellesley sugiere desplazar una fuerza de 10.000 hombres en dirección a Ávila para vigilar la posible llegada del ejército del general Mortier que se le suponía esos días en Valladolid, Cuesta se niega que esta fuerza la compongan los españoles, porque sospecha que estaría bajo el mando de Albuquerque y sería demasiado darle oportunidades para hacer méritos que le sirvieran para conseguir un futuro mando del ejército de Extremadura. En estas circunstancias, la colaboración de ambos generales en jefe se irá transformando en un lamentable tren de sombras hasta la propia batalla de Talavera. Parece innecesario contar con detalle la serie de acontecimientos que han rodeado esta batalla relatada por bastantes historiadores⁹ de los dos países, más coincidentes de lo que parece a simple vista, pero en gran parte exculpatorias sobre si los objetivos se malograron por la actuación de la otra parte. Uno de las grandes polémicas ha sido la de la negativa de Cuesta a atacar a Victor al amanecer del día 23 domingo, lo que permitió al mariscal francés escabullirse esa noche al comprobar la presencia de dos ejércitos combinados. Ante esta huida Cuesta se lanza por su cuenta y riesgo en su persecución esperando, incluso entrar en Madrid, antes que su subordinado Venegas, que tenía instrucciones secretas de la Junta para ocupar la capital en lugar de atacar a Sebastiani. La sorpresa de Cuesta era que se encontró con las fuerzas combinadas de Victor, Sebastiani y la reserva del rey José las cuales estuvieron a punto de destruirle en esa aventura. Durante la batalla de Talavera el peso principal del ataque francés lo llevó el ejército británico y durante la misma hubo un incidente lamentable la tarde del día 26. Una masa de jinetes franceses se adelantó frente a las 3ª y 4ª divisiones españolas, sus miembros respondieron con una gran descarga de mosquetes pero cuatro batallones de la división de Portago, asustados por el ruido de su propia descarga, gritaron “traición” y

⁸ No solo Cuesta era calificado así por algunos militares o historiadores británicos, el diplomático español Ramírez de Villa-Urrutia lo define como “soberbio, presuntuoso y terco”. Marqués de Villa – Urrutia *Relaciones entre España e Inglaterra durante la guerra de la Independencia* Librería de F. Beltrán. Madrid 1914. Tomo I pág 443

⁹ Por parte británica desde un punto de vista más clásico y de forma general serían Napier, Oman y la española Gómez Arteché. Relativamente recientes podríamos citar a Pablo de Azcarate y Charles Esdaile.

salieron huyendo, tirando sus armas y llegando a saquear los bagajes del aliado británico. Esto fue presenciado por el propio Wellesley que quedó marcado por lo que presenció:

“Dos mil de ellos escaparon en la tarde del 27, a no más de cien yardas de donde yo me encontraba, nadie les atacó ni les amenazó con un ataque, solamente se asustaron del ruido de sus propios disparos. Dejaron sus armas y equipos en el suelo, sus oficiales se fueron con ellos y saquearon el bagaje del ejército británico, que estaba en retaguardia. También huyeron otros muchos que yo no vi.” escribió a Castlereagh el 25 de agosto.¹⁰

De poco sirvió que Cuesta quisiese ejecutar a los doscientos fugitivos apresados de los dos mil huidos y se contentara con fusilar a 25 a ruegos del propio británico que opinaba que se excedía en el castigo. Wellesley nunca olvidó este episodio: de todo lo que presenció en esta campaña, esta visión de la huida de los 4 regimientos españoles fue la visión **que más le afectó y que más influencia tuvo en su futura conducta.**¹¹ De hecho, después de Talavera nunca encontraremos a Arthur Wellesley actuando de forma combinada con otro ejército español de cierta importancia y cuando eso ocurrió, éste lo hacía bajo sus órdenes en Vitoria. Es evidente que los historiadores españoles han querido restar importancia al incidente y en cambio algunos británicos, como Napier, la dieron bastante más, incluso la exageraron¹². Aunque se tratara de soldados bisoños, campesinos sin entrenar y que el resto de las fuerzas españolas tuviera un comportamiento más que aceptable en esta batalla, los juicios de comprensión o de justificación no entraban en los cálculos de este general de mirada azul glacial. En adelante **no confiaría en tropas españolas si éstas no demostraban que estaban debidamente preparadas.** A finales de julio, mientras que el ejército aliado se recupera en Talavera, el mariscal Soult, al frente de tres cuerpos de ejércitos, aproximadamente 50.000 hombres, procedentes del norte, llega hasta Naval Moral, a 35 Kms de donde estaba el puesto de mando aliado y corta las comunicaciones con Portugal y Extremadura. No era una simple excursión como suponía Wellesley, que decide salir a su encuentro con los 18.000 soldados británicos. Mientras tanto, quedaba la amenaza del ejército batido de Victor frente a Talavera y Cuesta decide evacuar esta ciudad sin poder trasladar nada más que la mitad de los heridos británicos. Wellesley, al darse cuenta de la realidad de las fuerzas de Soult, y de la trampa en que se podía encontrar - de hecho, ya se encontraba - con las comunicaciones cortadas, decide la retirada a Extremadura por los tortuosos caminos de la orilla izquierda del Tajo. Al menos salvaba su ejército. En realidad había cumplido su objetivo de vencer a Victor y si hubiera entrado en Madrid, ya que Venegas con sus indecisiones había perdido esa oportunidad, se habría encontrado con sus hombres sitiados y expuestos a una segura destrucción parecida a la que ya había tenido lugar con el ejército de Palafox en Zaragoza. Evidentemente esta decisión de no enfrentarse con Soult por la desproporción de hombres y la dudosa ayuda de las tropas de Cuesta, sirvió para irritar a ciertos historiadores españoles que le acusaron de que había recurrido a una “espantada”. Como siempre el tiempo le dará la razón, pero las relaciones hispano británicas se situaron en el punto más bajo de su existencia después de esta campaña frustrada. La amargura se apoderó del corazón de muchos oficiales británicos, que se lamentaban por no haber conseguido nada

¹⁰ Sañudo pág 251, Oman Vol. II pág. 514, Field pág 73

¹¹ Oman pag 515

¹² “As the French horsemen rode bold y up to the front, and commenced skirmishing with their pistols, the Spaniards made a general discharge of small arms, and then, as if deprived of all sense, ten thousand infantry, and all the artillery, breaking their ranks, fled to the rear: the artillery-men carried off their horses, the infantry threw away their arms, the adjutant-general O'Donoghue was amongst the foremost of the fugitives, and even Cuesta himself was in movement towards the rear” William Napier, *History of the war in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814* 5 Constable London 1992 Vol. II pág. 387

positivo tras aquella campaña después de tantos sacrificios como habían hecho. Desde su punto de vista, los españoles eran unos cobardes que se aprovechaban de los héroes británicos. En cambio, desde el español, los británicos habían abandonado a sus aliados, y los españoles se quedaban solos frente al imparable avance de fuerzas francesas más numerosas y de mucha mejor calidad. Esta larga descripción de la campaña sirve como botón de muestra que la colaboración entre ambas partes todavía debería pasar por varios periodos de duras y difíciles pruebas hasta que los españoles aceptasen que la principal solución para expulsar a los franceses pasaría por nombrar a Arthur Wellesley como jefe supremo aliado. Después de esta campaña, Arthur Wellesley ya era lord Wellington, vizconde de Talavera.

Ese mismo año, el espejismo de Bailén actuaba de forma funesta para la Junta Central y ésta se creyó capaz de repetir la campaña triunfal de 1808 que provocó la evacuación de Madrid por parte de los franceses. En contraste, las recomendaciones de Wellesley a la Junta - al negarse a formar parte en esta nueva ofensiva con el precedente de Talavera - eran las de una táctica defensiva en el sur, agrupando y coordinando divisiones para que se fueran formando unidades entrenadas y bien equipadas. Pero esto suponía de facto dejar a los franceses más de la mitad de España. Estos consejos los había dado Wellington personalmente al viajar a Sevilla a principios de noviembre.¹³ Pero no eran admisibles para la Junta Central que temía que el tiempo jugara a favor de los franceses al resignarse los españoles de la parte ocupada a aceptar su presencia y si Napoleón ganaba a Austria en la nueva guerra que había comenzado en el centro de Europa, podría enviar a la Península más hombres. La decisión de la Junta Central de atacar se toma sin estar las unidades debidamente preparadas y contando con la reagrupación de restos de unidades que han sido vencidas una y otra vez en batallas anteriores. Para rematar esa decisión de la Junta Central, se nombra general en jefe a Juan Carlos de Areizaga, la persona menos indicada para esa misión. El resultado fue muy distinto de lo que las ilusiones esperaban, porque todo acabó con una gran derrota en la batalla de Ocaña. El ensueño se había convertido en un desastre de enormes dimensiones que supuso la aniquilación de los Ejércitos del Centro español, Castilla y parte de Extremadura. España volvía a perder la guerra técnicamente, por segunda vez (si suponemos que la primera fue cuando Napoleón entró en Madrid en diciembre del año anterior). En el sur solo quedaba Cádiz como baluarte de la resistencia y todo indicaba que terminaría rindiéndose al mariscal Victor en poco tiempo. La alternativa más atrayente para muchos soldados veteranos, que habían conocido varias derrotas, era formar parte de las guerrillas que se estaban creando, lo cual tenía muchas ventajas, tales como la del saqueo indiscriminado o la falta de disciplina militar, además de la posibilidad de luchar cerca de sus hogares. Solo grupos de oficiales del ejército español pensaban que la resistencia a muy largo plazo podía terminar en un triunfo. Pero éste se veía muy lejano si no se podía contar con más ayuda británica.

Las intenciones de los diplomáticos británicos sobre las condiciones para la ayuda se fijaron en las instrucciones que Cannig había dado a Richard marqués de Wellesley,

¹³ Andreas Berthold von Schépeler, *Histoire de la Révolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la Guerre qui en résulte*, J. Desoer, Editeur, Liège, 1831, Tomo II, pag. 477

hermano mayor de Wellington, que llegó a España en agosto de 1809 como embajador para sustituir a Frere. Estas instrucciones eran¹⁴:

- Que el ejército español fuera puesto a las órdenes de un comandante británico (por ejemplo Wellington)
- Que los puertos hispanoamericanos quedaran abiertos al comercio británico
- Que Cádiz tuviera una guarnición británica.

Estas demandas presentadas en varias visitas convenientemente dosificadas al Secretario General, Martín de Garay, fueron rechazadas basándose en el mal efecto que podían producir en ciertos sectores, especialmente el militar, para la primera, y el comercial para la segunda. Esta negativa daba argumentos al general en jefe británico para mantener su posición de no colaborar con ningún otro similar español. Pero además las cosas se le complicaron al hermano de Wellington en su nuevo cargo. Las diferencias con la Junta dieron paso a que se extendieran en ciertos grupos el rumor del disgusto del embajador británico por la manera de proceder de aquélla y avivaron las corrientes de la oposición a la Junta Central que había en ciertos sectores de la alta sociedad, la propia administración de la Central, militares destituidos y sin mando y varias Juntas Provinciales que a duras penas admitían la autoridad de la Central. Entre ellas se encontraban la de Extremadura que atemorizada por una próxima invasión francesa intentó contactar, por medio del Conde Montijo, con el propio Wellington para que la ayudase. Ponía todos los recursos militares a su disposición sin contar con la Central. También los descontentos se localizaban en parte de la Junta de Sevilla por haber perdido poder ante la Central y se personificaban en Rebolledo, el hermano de Palafox, el duque del Infantado y el citado conde de Montijo. Ya se sabe que este último había convertido la conspiración permanente en el afán cristalino de su vida. Los conjurados contaban con parte de la guarnición de Sevilla para un golpe de estado que mandaría a los miembros de la Central a Manila y se constituiría una Regencia que establecería el Consejo Real con todas sus facultades. Para poner en marcha este complot el duque del Infantado se entrevistó con el embajador Wellesley para solicitar su visto bueno. Aunque a éste no le gustaba en absoluto como resolvía los problemas la Central, no se prestó al juego y contestó a Infantado su decisión de no comprometerse con ellos. De inmediato, informó a Martín de Garay de la conspiración pero sin dar nombres. La Junta procedió en consecuencia, arrestando a los que pudo encontrar mientras que otros huyeron.¹⁵ El estado psicológico del embajador Wellesley se refleja en la carta enviada a su hermano sobre el bajo concepto que tenía de los componentes de la Junta Central, puesto que se sentía dentro de un verdadero nido de avispas:

“Durante los últimos dos días he estado ocupado en salvar el cuello de estos bribones redomados (caitiffs) de la justa furia e indignación del pueblo y de la soldadesca y lo he conseguido. Un complot regular se había formado para detenerlos (yo creo que para colgarlos). Aunque no debería sufrir tal ultraje ante mis narices, he intervenido y salvado a los canallas de la soga. Solo manifestaron gratitud durante una hora, pero como ahora se creen seguros han comenzado a engañarme otra vez”¹⁶

Pasada la tempestad, Martín de Garay solicitó la opinión del embajador británico sobre las orientaciones políticas necesarias y obtuvo 5 sugerencias:

¹⁴ Oman Vol. III pag 3 y 4, Esdaile pag 37

¹⁵ Priego Vol IV pag 303 y 304 Oman Vol III pág 4 y 5

¹⁶ Oman Vol,III *September 1809 to December 1810* pag 5, Pablo Azcárate *Wellington y España* Espasa Calpe Madrid 1960 pág. 73

1º La Junta central debería nombrar un Consejo de Regencia integrado por cinco personas como mucho

2º las Cortes se deberían reunir en el plazo más breve

3º Los restantes miembros de la Central que no entraran en la Regencia pasarían a constituir un Consejo Deliberante.

4º En los decretos para materializar los puntos, 1º y 2º, se añadirían artículos para reparar las injusticias, corregir los abusos más notorios.

5º la Regencia se debería de ocupar de las reformas necesarias en todo el sistema español, para que las tropas pudieran colaborar con eficacia con las británicas.¹⁷

En resumen, la lógica de estas sugerencias se reducían a que todas las medidas se deberían enfocar a que las actividades políticas se subordinasen a las necesidades de la guerra. Curiosamente estas mismas sugerencias coincidían en parte con la idea del “conspirador” duque del Infantado y con otros personajes importantes, como Jovellanos, que deseaban unas reformas a en profundidad para movilizar al país en los críticos momentos actuales.

La dimisión de la Junta Central después de la ocupación de Sevilla por los franceses dio paso a una Regencia que se parecía bastante a lo sugerido por el embajador británico. Las propuestas se habían convertido en una pequeña profecía que se cumplía un año más tarde. No le fue fácil esta actuación al embajador, porque antes de partir para España Canning le había recomendado que evitara cualquier apariencia de deseo de intervenir en los asuntos internos de España y que cuando la Central le pidiese opinión, la diera de forma que no pareciera autoritaria, ni hiriera las susceptibilidades de ese nuevo gobierno.

La ayuda británica no podía materializarse porque la invasión de Portugal por el mariscal Massena iba a tener lugar en la primavera de 1810 con unidades procedentes de las campañas de Alemania Unos 138.000 soldados entran en España entre diciembre de 1809 y septiembre del siguiente año¹⁸ de los que 50.000 se destinaran al citado mariscal. Wellington ya había tomado las medidas necesarias para aguantar este golpe de ariete francés que progresivamente se iría atenuando hasta la línea de Torres Vedras.

Antes, el sitio de Ciudad Rodrigo crea otra muralla de incompreensión entre españoles y británicos. Esta ciudad sucumbió después de un asedio de 24 días de los cuales 16 fueron de un continuo bombardeo. El ejército británico se encontraba en la frontera con una vanguardia al mando del energético Crauford, el mítico jefe de la Light Division, cerca de la fortaleza y a pesar de las incesantes llamadas de socorro de su defensor Herrasti éste tuvo que capitular sin que Wellington se decidiera a abandonar su estrategia defensiva y plantear batalla con sus 32.000 hombres a su rival que además llevaba como segundos a Ney y Junot. Los españoles lo tomaron como una “traición” e incluso el general La Carrera se separó de la vanguardia británica para reunirse en Extremadura con las tropas del marqués de la Romana. Como todo se olvida, éste general decidió entrar en Portugal dos meses más tarde con dos divisiones al mando de La Carrera y O’Donnell para reforzar a Wellington en Torres Vedras.

¹⁷ Priego vol.IV pag 304 Villa-Urrutia T.II pag 41

¹⁸ Priego Vol. V pag 163

De forma sorprendente, la fortaleza de Cádiz resistía el cerco francés e incluso había comenzado a montar expediciones en las zonas ocupadas a base de pequeños contraataques. A principios de 1811 las fuerzas que había en Cádiz casi duplicaban a las del ejército sitiador al mando del mariscal Victor y se decide atacar a éste con la idea de levantar el sitio. En la ciudad estaba también una unidad británica de 5.217 hombres al mando de Sir Thomas Graham. Éste tenía instrucciones de su Gobierno de no emprender operación alguna en que no tuviera el mando de las fuerzas aliadas.¹⁹ Como los españoles aportaban en la operación casi 15.000 hombres, el teniente general Manuel de la Peña comandante interino del 4º ejército español reclamó el mando de la misma por ser el que mayor contingente aportaba. Este general antiguo y discreto colaborador de Castaños en Bailén se distinguía como hombre precavido e indeciso en grado sumo con tendencia a eludir las responsabilidades del mando. Por lo tanto, al ponerle al frente de estas fuerzas combinadas su obsesión será la de no ser derrotado y conservar a salvo a sus hombres. También es verdad que en otras expediciones la Regencia daba instrucciones a los jefes para que se arriesgaran lo menos posible y eso debía pesar en el ánimo de este hombre que sabía que, si se comprometía en una acción, podía perder unas unidades de gran calidad que se habían entrenado durante los meses del sitio. Graham decidió que podía merecer la pena colaborar con los españoles y se resignó a ceder el mando a La Peña. Es el tercer intento de colaboración hispano-británico que se materializa en la batalla de Barrosa (Cerro del Puerco) o de Chiclana. Esta batalla se decidió en favor de los aliados, aunque la victoria se debió en realidad a la división británica, que se enfrentó aisladamente a fuerzas muy superiores. Los españoles no les ayudaron con todas los hombres que disponían, sino que se limitaron a restablecer la comunicación con la ciudad sitiada siguiendo las disposiciones del general La Peña. A pesar de oír el fragor del combate, y desoyendo los consejos de subordinados, como el general Zayas, que ardían por incorporarse a la batalla que rugía tan cercana, La Peña se limitó a enviar una pocas unidades para apoyar a Graham que además llegaron tarde, pues La Peña suponía que el general británico ya había perdido la partida. Los oficiales británicos se sintieron traicionados y Graham mandó una nota a su colega español donde se negaba en la sucesivo a concurrir con sus tropas. La Regencia no decidió destituir a La Peña después de una investigación y en consecuencia se planteó una gran controversia en la ciudad, que seguiría sitiada, pues esta expedición no había conseguido su objetivo final de levantar el asedio. El resentimiento entre ambas partes se incrementó con este penoso episodio. Los españoles no podían esta vez culpar a los británicos de falta de ayuda, ya que la batalla de La Barrosa mostraba más bien lo contrario. Y lo que es peor, estas tropas españolas habían recibido un entrenamiento eficaz. No se trataba de soldados bisonos, sino de hombres muy bien adiestrados por los generales Zayas y Lardizábal en el campo de San José. El comienzo de 1811 transcurrió con británicos y españoles lanzándose continuos reproches y acusándose los unos a los otros de haber provocado la delicada situación en la que se encontraban. Incompetencia española según los británicos y falta de colaboración según los españoles. Según éstos los desastres acaecidos se debían a la falta de medios materiales que no habían sido suministrados por Gran Bretaña, cuando en realidad esos medios no habían sido correctamente repartidos. Al final la Regencia y el embajador Wellesley llegaron al peculiar arreglo de sustituir a La Peña por el marqués de Coupigny y a Graham por el general Cooke.

A principios de marzo de 1811, el mariscal Massena evacua Portugal y el ejército británico se sitúa nuevamente en la frontera. Este cambio positivo permite al embajador

¹⁹ Villa-Urrutia T. II pag 452

Wellesley proponer a la Regencia que si su hermano regresa a Extremadura debían pasar bajo su mando las provincias limítrofes e incluso Asturias. De esta forma se evitaría lo sucedido en Talavera y Barrosa. Sin embargo los generales españoles estaban irritados por lo sucedido entre Graham y la Peña. “La soberbia nativa, que soportaba de mal grado la prepotencia británica salió a relucir a través del manto de acendrado patriotismo en que hicieron gala de envolverse los Regentes”²⁰ Especialmente el general Blake y los marinos Agar y Císcar. El embajador argumentaba que no había un solo general español cuya reputación no hubiera quedado malparada en los últimos tiempos por diferentes causas. Era necesaria una reorganización del estamento militar, pero ese era un tema demasiado delicado para la propia Regencia. La Regencia rechazó a finales de ese mes las sugerencias del embajador escudándose en el carácter propiamente popular de la guerra. Se aceptaban operaciones combinadas con los británicos, pero poniendo al lado del general en jefe británico un general español que obrase de acuerdo suyo en el mando de esas provincias y de sus ejércitos, pero no como subordinado. Se proponía a Castaños, un hombre con fama de conciliador y poco conflictivo, en ese mando para que actuara de acuerdo con Wellington en Extremadura, Galicia y Asturias. El embajador británico respondió al secretario Bardaxí las sucesivas incoherencias en el tratamiento de ciertos hechos como las armas y municiones enviadas a Galicia que continuaban allí, la derrota de Mendizábal en el Gébora por no seguir los consejos de Wellington, la precipitada rendición de Badajoz, por parte del general Imaz etc. La Regencia temía que en la petición del embajador inglés subyacería la velada intención de que la ayuda británica podría cesar. Una reunión entre el Consejo de Regencia y los tres militares citados anteriormente puso de manifiesto la cerrada oposición de éstos a que ninguna provincia española quedase bajo el dominio extranjero por la mala sensación que eso podría causar en el pueblo español y que si era necesario se podría renunciar a los auxilios británicos. Al principio del conflicto no había ayuda británica. Se dedicaron en las Cortes cinco sesiones secretas para discutir este asunto y se dejó al Secretario Bardaxí en la difícil circunstancia de rechazar la propuesta del embajador y preparar un tratado militar que se basara en subsidios a España. Informado Wellesley de esta situación dejó que los acontecimientos siguieran evolucionando en la dirección que le interesaba. Esta evolución fue rápida porque en muy pocos días, a principios de abril de 1811, Bardaxí tuvo que remitirle una carta a Henry Wellesley, en la que en términos angustiosos le rogaba financiación, “por el amor de Dios”, para la nueva expedición que preparaba la Regencia. Esta expedición sería mandada por uno de los críticos regentes, el general Blake, y tenía como misión unirse al ejército británico que asediaba Badajoz. Esa unión originaría como consecuencia la batalla de Albuera al acudir el mariscal Soult con sus fuerzas de Andalucía en ayuda de la plaza. El 16 de abril Las Cortes fueron informadas que el embajador británico había acordado un auxilio de 60.000 pesos fuertes y anticipar 500.000 para reintegrarse de ellos en libramientos sobre las cajas de Lima.²¹ No se describirá lo que sucedió en la batalla, pero baste saber que el ejército expedicionario español se encontró con el del general Beresford. Las instrucciones que había dado Wellington, cuando esta unión tuviera lugar, es que el mando lo ostentara el general de más antigüedad y graduación militar. Según esto correspondía a Castaños pero éste renunció en Beresford porque aportaba mayores fuerzas. En esta batalla las divisiones españolas de Zayas y Lardizabal – especialmente los 4 batallones de las Reales Guardias Españolas que habían recibido un entrenamiento de varios meses en el campo de San José en Cádiz - resistieron el choque frontal de varias divisiones francesas que les superaban en número hasta que fueron relevadas por los británicos. Las pérdidas en ambos bandos fueron muy elevadas y, entre las

²⁰ Villa -Urrutia T. II pag 462

²¹ Villa Urrutia T II pag 470

consecuencias, Wellington achaca a los españoles su falta de movilidad aunque se reconoce su buen comportamiento.²² Es otra polémica que no puede dar lugar al detalle. La victoria de Albuera fue celebrada tanto por el Parlamento que reconoció “el distinguido valor e intrepidez con que se había distinguido el ejército español del mando de S.E. el general Blake” y las Cortes decretaron que este ejército se había hecho acreedor a “benemérito de la Patria”. Antes de finalizar el año hay otra colaboración entre españoles y británicos. El teniente general Hill con 9.200 hombres sorprende y destruye en Arroyomolinos a la división del general Girard que se dirigía de Mérida a Cáceres para buscar abastecimientos. En este combate participan 3.100 españoles del tercer ejército de Extremadura que Castaños había enviado a las órdenes de su jefe de Estado Mayor, general Girón.

El año siguiente comienza con una verdadera catástrofe para la parte española. El mariscal Suchet consigue el 9 de enero la rendición de Valencia con todo su ejército cercado. Más de 16.000 hombres pasan a los campos de prisioneros en Francia y esto supone la pérdida del último ejército español importante. En esta unidad se encontraban las unidades que tan alta calidad habían demostrado en Albuera con su general en jefe Blake. Podría afirmarse que con esta pérdida es la tercera vez que España pierde la guerra porque ya no quedan unidades importantes que puedan enfrentarse a los franceses y solo el recurso de evitar los combates frontales e iniciar una larga guerra de desgaste. El aniquilamiento de este ejército dejaba libre a los franceses casi todo el Levante en donde solo permanecían unas débiles divisiones cerca de Alicante. La guarnición de Cádiz apenas era suficiente para proteger la sede de las Cortes. La misma población de Valencia pensó que la guerra terminaba porque ofreció una entusiasta recepción al mariscal que la había conquistado. En el resto del territorio no ocupado la palabra “ejército” no correspondía a una realidad numérica y mucho menos cualitativa para identificar a las fuerzas españolas. Para los militares franceses el porvenir aparecía radiante porque si se unían varios ejércitos, los de Andalucía y Levante, se podría expulsar definitivamente a los británicos de Portugal y, Galicia que se había evacuado tres años antes, caería por su peso al carecer de efectivos importantes.

Pero el tiempo ya no jugaba a favor de este futuro tan prometedor. Napoleón decide retirar de inmediato unidades de España para la campaña de Rusia y estas salen del Levante que, a su vez, había recibido soldados del ejército de Montbrun que se enfrentaban a los de Wellington. Paradójicamente éste podía pasar a una ofensiva que se inició de inmediato. En enero cayó Ciudad Rodrigo y en abril Badajoz. En ambos asaltos, las luces victoriosas se combinan con las siniestras sombras de los saqueos que los soldados británicos, enloquecidos por sus bajas, sometieron especialmente a Badajoz, a pesar de los esfuerzos desesperados de sus propios oficiales. Con la primera toma, las Cortes nombran a Wellington Grande de España y Duque de Ciudad Rodrigo y con la segunda le otorgan la Gran Cruz de San Fernando. Sobre los lamentables sucesos de ambas ciudades, la parte española no quiso entrar en averiguaciones que solo podrían perturbar el nuevo clima que se comenzaba a crear. Wellington tenía enfrente al ejército

²² Hay varios libros dedicados a esta batalla entre los que se encuentra: Ian Fletcher, Ian, *Bloody Albuera. The 1811 Campaign in the Peninsula*, The Crowood Press Wiltshire 2000, Thomas Gerald Robinson, *Los sitios de Badajoz y la batalla de Albuera* Univesitas Editorial Badajoz 1998, , Mark S. Thompson *The Fatal Hill. The Allied Campaign under Beresford in Southern Spain in 1811*. Mark Thompson Publishing Sunderland 2002, Juan José Sañudo *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!* Almena Madrid 2006, Richard Partridge and Michael Oliver *The Battle of Albuera – 1811* Pen & Sword Military Barnsley South Yorkshire 2007

de Marmont que no tenía opciones de ayuda inmediata de otro mariscal y por ello, fue derrotado de forma decisiva en Los Arapiles el 22 de julio. Esta batalla era una victoria británica de gran magnitud no solo por sus efectos al destruir a una unidad importante, sino porque la participación española solo puede definirse como testimonial al ser solo de 3.360 hombres de la división del general Carlos España, que tuvieron únicamente seis bajas, mientras que los británicos eran 30.562 hombres y los portugueses 18.017 con 3.129 y 1.627 bajas respectivas.²³

Como consecuencia de Los Arapiles Wellington recibe el Toison de Oro y entra triunfalmente en Madrid el 12 de agosto precedido por las partidas de los guerrilleros a las que no quiso ahorrar su parte de la victoria y honores.

Había llegado el momento en que el general británico asumiría el mando de los ejércitos aliados en la Península. La paciencia de Wellington sería al fin recompensada. Un acontecimiento sucedido en el sureste tuvo cierto peso en la decisión del mando único. Los ejércitos españoles 2º y 3º del Levante al mando del general José O'Donnell habían sido derrotados en Castalla el 22 de julio, el mismo día de Arapiles, por el general Delort, subordinado del mariscal Suchet que llevaba un número inferior de hombres. La instrucción posterior de esa catástrofe, supuso la dimisión de Enrique O'Donnell, hermano del general vencido, como Regente del Reino. El contraste con Arapiles era demasiado vergonzoso como para que la situación con respecto a Wellington no cambiara. En las Cortes varios diputados encabezados por Andrés Ángel de la Vega, muy amigo de Henry Wellesley, y partidario de la alianza con Gran Bretaña se movieron para promover el nombramiento del general británico como jefe de los ejércitos españoles. La base argumental era la recuperación de Madrid y las recientes victorias. Una serie de diputados liberales entre los que se encontraban Francisco Ciscar (hermano del ex Regente Gabriel), Agustín Arguelles, José María Calatrava, José Mejía, el conde de Toreno, José María Herrera apoyaban la propuesta que se debatiría en sesión secreta por las Cortes. La sesión tuvo lugar el 16 de septiembre y la propuesta presentada por Francisco Ciscar y aprobada tres días más tarde con la oposición de varios diputados catalanes, entre ellos Jaime Creus, por el temor de que en el futuro el comercio británico afectase negativamente las fábricas de esa región. La intención de las Cortes era dar al Wellington todos los poderes que necesitase y se publicó en el siguiente decreto de 22 del mismo mes:

“Siendo indispensable para la más pronta y segura destrucción del enemigo común que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo General mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Cortes generales y extraordinarias, atendida la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin, á los males que han afligido a la Nación; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del **Duque de Ciudad – Rodrigo**, Capitán general de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan: Que durante la cooperación de las fuerzas aliadas en la defensa de la misma Península se le confiera el **mando en jefe de todos ellos, ejerciéndolo conforme á las Ordenanzas Generales**, sin mas diferencia que hacerse, como respecto del mencionado Duque se hace por el presente decreto, extensivo á todas las provincias de la Península cuanto previene el artículo VI, título 1, tratado VII de ellas; debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con

²³ Oman Vol. V pag 599

el Gobierno español por la Secretaría del Despacho universal de la Guerra.== Tendrálo entendido la Regencia del Reino, y dispondrá de lo necesario para su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. = Dado en Cádiz a 22 de Septiembre de 1812 = *Andrés Ángel de la Vega Infazón* , Presidente . = *Juan Nicasio Gallego*, Diputado Secretario.= *Juan Bernardo O'Gavan* , Diputado Secretario.= A la Regencia del Reino. = *Reg. Lib. 2, folio 64.*”²⁴

Este decreto no dejaba a Wellington las manos tan libres para actuar como aparentemente se supone. Calificado por Esdaile como “**monstruosamente tortuoso**”²⁵ describe que el general en jefe, que no es “generalísimo”, no tiene competencias en las decisiones o disposiciones internas. Además el artículo 6º de las Ordenanzas Generales deja libre a los poderes civiles de la autoridad del jefe militar que estén dentro de la misma provincia, lo cual tiene una enorme repercusión sobre los deberes de estos civiles para abastecer a un ejército²⁶. Es decir, los poderes conferidos eran **limitados** sobre todo para las decisiones no estrictamente militares. Además la palabra “entenderse” con el Gobierno Español significa en realidad “recibir la aprobación” y no dar una mera información de operaciones militares al Despacho para la Guerra de la Regencia. Antes de publicar el decreto era necesario que Wellington recibiera el permiso de su gobierno para aceptar el mando. Consciente de las limitaciones del decreto, el diputado Vega rogó a Wellesley que preguntara a Wellington que, si no le parecían bastantes “los poderes que le conferían las Ordenanzas Generales las Cortes, le otorgarían los que estimase necesarios”²⁷ El beneplácito del Príncipe Regente llegó el 26 de septiembre, pero el general británico no aceptó hasta el 22 de noviembre el mando de las fuerzas españolas. Este retraso de dos meses tenía bastante justificación. Después de la decisión del 22 de septiembre este decreto permanecía **secreto** y solo los generales españoles fueron informados del mismo. El general británico contaba ya con la aprobación de la mayor parte de los generales españoles que además de felicitarle por los éxitos del verano seguían las sugerencias que les remitía Wellington como si fueran órdenes sin mayores problemas. Pero estos se presentaron de forma notable en la persona del general Ballesteros. Este general era Capitán General de Andalucía y comandante del cuarto ejército que permanecía en Granada. Ese ejército permaneció en Andalucía después de la liberación de Cádiz sin moverse a pesar de que la Regencia le ordenara, y el propio Wellington le sugiriera, que marchara a la Mancha y conectara con el general Hill que estaba de guarnición en Madrid para apoyarle en caso de una reacción francesa procedente del Levante. Wellington, por su parte, estaba asediando el castillo de Burgos. Esta inmovilidad solo justificada por su megalomanía de convertirse en otra especie de Virrey de Andalucía y creerse el más importante personaje de España²⁸ supuso la evacuación de Madrid por Hill, cuando el rey José regresó apoyado por las fuerzas de Soult. La Regencia

²⁴ *Colección de los decretos y ordenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias desde 24 de febrero de 1812 hasta 14 de septiembre del mismo año en que terminaron sus sesiones* . Imprenta Nacional .Madrid 1820 Volumen 4 paginas 90 y 91

²⁵ Esdaile página 52

²⁶ Este artículo de las Ordenanzas dice: “Si la guerra se hiciere en la provincia de Asamblea, o ésta fuere confinante con la extrajera en que ha de obrar el ejército, tendrá el Capitán General el absoluto mando de las armas en Tropas y plazas de la provincia; pero siempre quedará libre a su Capitán o Comandante General el ejercicio de su jurisdicción en lo económico y gubernativo de ella: de modo que los magistrados, tribunales y jueces que dependan de él para asuntos que no sean puramente militares no han de mudar jurisdicción; y solo en las cosas que sean al mando de las armas y servicio del ejército han de obedecer las órdenes que en derecho les comunique el Capitán General del ejército nombrado” (José Gómez de Arteche y Moro, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814* Imprenta del Crédito Comercial. Tomo XII pag. 241)

²⁷ Villa Urrutia Tomo 3 pág. 150

²⁸ Estas son las calificaciones de José Priego en *Guerra de la Independencia 1808-1814. Campaña de 1812* Vol VII 2º Ministerio de Defensa Editorial . San Martín. 2000 pag 129. Villa Urrutia afirma “siendo su ignorancia grande, desmedida su presunción e ilimitada su soberbia” id pag 142.

ya se disponía a relevarlo, cuando Ballesteros envió una carta a la misma de la que remitió copia a una imprenta con fecha 24 de octubre con el objeto de que se publicara. Esta carta decía que “ se hallaba sorprendido al ver nombrado a Wellington general en jefe de los ejércitos españoles, y que no se consideraría haber nacido en Aragón si no hiciera presente al Gobierno que no podía condescender a una determinación que desdice del honor español, degradando a los jefes de nuestras tropas. Disculpaba la publicación del decreto que comprometía el honor de los individuos de todas clases como ciudadanos y militares”²⁹ Terminaba solicitando se pidiera el parecer a los ejércitos nacionales y a los ciudadanos y si condescendían con aquel nombramiento, se retiraría a su casa para acreditar que solo el honor y el bien de la nación le conducían a presentar aquella exposición. La Regencia resolvió destituir de inmediato a Ballesteros, pero al temer que éste contara con sus tropas, hubo que recurrir a ciertos métodos poco regulares para conseguir arrestarle. Quizás se les podría calificar de rocambolescos. El arresto se llevó a cabo por dos generales de su propio ejército que consiguieron sacar de Granada a los soldados con el pretexto de una revista y rodear la residencia de Ballesteros con un batallón de Guardias Españolas que no se hallaba bajo el mando directo de su jefe. Ballesteros fue conducido bajo custodia a Ceuta pero el daño de no haberse desplazado hacia el norte estaba hecho. El rey José volvió a entrar en Madrid. En Cádiz además, este incidente apareció en algunos periódicos e incluso uno de ellos *La Abeja Española* llegó a publicar el decreto del nombramiento del 22 de septiembre. Este decreto era un **secreto a voces** y su aparición provocó las conseguidas polémicas e investigaciones que se salen de este trabajo. Es posible que el asunto Ballesteros **afectara bastante** al general en jefe británico, especialmente la desobediencia de no acudir a Alcaraz para cubrir a Hill.

Cuando casi concluye el año con la retirada del ejército aliado a la frontera de Portugal para pasar el invierno, el general en jefe británico decidió marchar a Cádiz para clarificar todas las cuestiones referentes a su nueva situación. Para que se supiera con anticipación cuales eran sus exigencias había remitido a principios de diciembre una carta al Ministro de la Guerra de España José M^a de Carvajal donde planteaba **cuatro condiciones para ejercer sus funciones**. La primera que todos los destinos o ascensos se hicieran a su recomendación; la segunda que se le confiriera la facultad de separar del servicio a todos los oficiales que se crean dignos de ese castigo cuando lo considerase necesario. De esta forma se evitaba el largo proceso de un Consejo de guerra.; la tercera que los recursos del estado aplicables a las necesidades de la tropa lo sean del modo que recomiende. La razón es que esos recursos no son suficientes para el mantenimiento de todas las tropas activas y cuarta que el Jefe del Estado Mayor con cierto número de oficiales fuera enviado a su cuartel general. El gobierno cuidará que todas las comunicaciones militares le fueran enviadas a él. Wellington solicitaba además una reunión con la Regencia y una representación de las Cortes, con la presencia de los generales Castaños y La Bisbal, para **exponer el estado deplorable del ejército español**, su indisciplina, falta de vestuario, y recursos mínimos de subsistencia. Pero esta solicitud de mantener una sesión expositiva era rechazada por las Cortes alegando que los asuntos que quería discutir el general británico eran de la competencia del poder ejecutivo representado por la Regencia.³⁰ En realidad, es posible que **los diputados no quisieran escuchar** las duras, y sobretodo, terribles realidades que Wellington quería exponerles sobre el mal estado de los ejércitos españoles, **insuficientemente atendidos por esas Cortes**, lo cual les obligaría a aceptar todo lo que solicitaba. **Mejor era no tenerle delante**. Durante varios días se discutieron las propuestas, de éstas, la tercera era la que

²⁹ Arteché Tomo XII pag 241

³⁰ Azcarate pag 139

planteaba mayores objeciones, ya que parte de los diputados se alarmaron ante la perspectiva de que la autoridad civil quedara sometida a la militar, además concentrada en un extranjero. Pero la propuesta de Wellington era que en las actuales circunstancias, que se podrían calificar como críticas, querría unificar el mando militar de las fuerzas armadas al político en las provincias afectadas por la guerra, a fin de que los Jefes Políticos Ayuntamientos e Intendentes o Comisarios de los ejércitos y provincias prestasen una más eficaz colaboración a los generales en jefe. Esta propuesta tendía a asegurar el suministro a las unidades, pero como era una especie de movilización general de hombres y recursos, no cayó muy bien a los diputados que intuían que su poder político quedaba en casi nada. De hecho, algunos diputados la consideraron anticonstitucional. La Regencia aceptaba en contraprestación que todos los subsidios procedentes del Reino Unido fueran dedicados a las necesidades militares que el general en jefe designara, ampliando estos subsidios hasta aceptar que el 90% de las tasas o impuestos recibidos de las zonas reconquistadas fueran destinados a gastos militares. En cuanto a los nombramientos de los oficiales se dejaba a Wellington el poder de que ningún oficial pudiera ser designado para el mando de un ejército de una división o de un mando extraordinario si no era con la recomendación del general en jefe, es decir de la suya. En cambio, las Cortes conservaban el poder de nombrar a oficiales con rango de brigadieres o inferior.³¹ Con respecto a la citada tercera propuesta las Cortes acordaron que se mantuviera la autoridad de los Jefes Políticos, Alcaldes salvo, en cuanto dispusieran los generales, aunque solo en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio de los ejércitos de su cargo, quedando libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demás. El compromiso de las Cortes solo satisfizo a medias a Wellington, pero como toda negociación es un arreglo y no una imposición, es posible que la otra parte, la Regencia y las Cortes, tampoco quedaran satisfechas. El decreto CCXV de 6 de enero de 1813 recogía las facultades y responsabilidades de los generales en jefe de los ejércitos nacionales reflejando el artículo II los párrafos antes citados sobre las competencias de civiles y militares.³² Hay que reconocer que el jefe británico había **conseguido lo esencial** y pasaba un informe a su ministro de la Guerra donde decía que había resuelto sus asuntos de Cádiz “tolerablemente bien y casi como deseaba”³³. Durante su estancia en Cádiz Wellington había también propuesto la reducción del número de ejércitos españoles para mejorar su efectividad ya que la movilización contra los franceses había creado una expansión incontrolada de oficiales, que ahora se trataba de depurar y analizar. El 17 de febrero Wellington recibió una propuesta del Ministro de la Guerra, Carvajal, con una nueva distribución territorial y con los generales que habían sido nombrados. El general en jefe británico se dedicó a mejorar la organización de las unidades que estaban a sus órdenes directas especialmente en la disciplina, instrucción y subsistencias. Una de sus preocupaciones fue la reforma de la caballería y de a propia infantería. Sin embargo combinar la reorganización con que las unidades fueran operativas en poco tiempo no era viable, de forma que **solo se pudieron aceptar como operativas para mayo y junio de 1813 a 21.000 hombres del 4º ejército y 3.000 del coronel Longa.**

Las noticias del fracaso de la campaña de Rusia dieron un giro total a la situación en el territorio español y se podía empezar a contar con las fuerzas españolas en un papel **distinto del de auxiliares, pero solamente los números citados antes**, pudieron participar en la campaña de verano que finalizó con la batalla de Vitoria.

³¹ Priego Vol 8 1º pgs. 41 y 42

³² Id *Cortes* pag 194 a 196

³³ Azcarate pág. 139

Después de la entrada de los ejércitos aliados en Francia y la conclusión de la guerra con la toma de Toulouse los acontecimientos se desarrollan rápidamente con la llegada de Fernando VII a Madrid. El rey, tras un verdadero golpe de estado, disuelve las Cortes y ordena, en mayo de 1814, la prisión de los regentes, ministros y la mayor parte de los diputados liberales. Henry Wellesley tuvo una primera entrevista con el rey en Valencia donde pudo intuir cuales eran los pasos que pensaba dar el rey para no jurar la Constitución, lo cual fue confirmado en Madrid por una visita que le hizo el Duque de San Carlos donde le pedía el apoyo, mediante una carta de Wellington en su calidad de jefe de los ejércitos españoles, para el golpe de estado como se lo habían dado la mayoría de los oficiales españoles.³⁴ Como es lógico **Henry Wellesley se negó de forma rotunda y categórica a dar ese apoyo y recomendó a su interlocutor que se procediera con precaución y se midieran las consecuencias en otras partes de España.** Wellington se encontraba por esas fechas en París donde había sido destinado como embajador acompañado por su ministro de Asuntos Exteriores Castlereagh. Al conocer lo sucedido decide hacer un rápido viaje a la capital de España abandonando una misión tan importante como era el embarque y la repatriación del ejército británico, informando del objeto de este viaje a Lord Liverpool en carta del 9 de mayo: “Tengo el propósito de ir a Madrid **para tratar de conseguir que todos los partidos se muestren más moderados, que adopten una Constitución con mayores probabilidades de ser aplicable** y que contribuya a la paz y la felicidad de la nación”³⁵. Como primera medida intenta conseguir que los dos ejércitos españoles que estaban en Francia se sometieran al rey prestándole obediencia y acatamiento. Se trataba del tercer ejército al mando del príncipe de Anglona y el cuarto del general Freire con militares tan abiertamente liberales como Morillo, Bárcena, Longa, Porlier y Espoz y Mina, que se **mantenían leales a la Constitución y las Cortes**, cuya actitud era el último recurso de imponer a Fernando VII una política de moderación. El día 17 de mayo por la mañana envía otra breve nota a Castlereagh desde Toulouse: “Según noticias llegadas ayer, los liberales han abandonado Madrid, ignoro si por temor real o fingido a las intenciones del rey, o con el propósito de provocar levantamientos en las provincias. Parece, sin embargo, que tienen gran confianza en los ejércitos tercero y cuarto, sobre los cuales espero ejercer cierta presión a mi paso”. Esta presión dio los resultados apetecidos porque en dos cartas enviadas al duque de San Carlos informaba que después de pasar revista a ambos ejércitos les instruyó que debían **de mantener la disciplina de obediencia para que no se produjera una guerra civil en España.**³⁶ Al llegar a Madrid Wellington se encontró que, en cuanto al intento de hacer prevalecer criterios de **moderación que el duque de san Carlos le había prometido a su hermano embajador y a él mismo, como una convocatoria de nuevas Cortes por otro procedimiento electoral, que los presos políticos serían liberados el día de San Fernando y que se daría independencia a los jueces, no se cumplían.** El general informó a su ministro de esta situación y de que además **continuaban los encarcelamientos por motivos políticos.** Cuando intentó abordar con sus interlocutores temas de política internacional se encontró con que las reivindicaciones españolas eran desmesuradas y tratadas con un tono altanero. Wellington que, pensaba abordar el tema de la devolución de Olivenza a Portugal, no consideró oportuno hacerlo. **Su misión había fracasado totalmente y lo que es peor su gestión de impedir una rebelión en los ejércitos 3º y 4º fue considerada como un apoyo a la política represiva del rey, cuando en realidad lo que intentó era evitar una guerra civil.** Por muy conservador ideológicamente que fuera Wellington en sus ideas **conocía perfectamente la frontera**

³⁴ Esdaile pag 178

³⁵ Azcarate pag 223

³⁶ Esdaile pag 180

de la arbitrariedad y el despotismo que podía llenar a España de nuevos odios. Considerada liquidada su misión envió un memorandum al rey en donde además de presentar las ventajas que tendría para España una alianza con Inglaterra en los terrenos políticos y comerciales que servirían para solucionar el tema de la rebelión de las provincias americanas añadía **consejos de moderación**, pero esos consejos aparecían en un lugar secundario y desde luego **no fueron tomados en cuenta por el rey** debido a su gestión en los ejércitos 3º y 4º. Parecía que su misión había sido más bien **contraproducente**.

El día 13 de junio el general británico envió una carta al rey desde Burdeos presentándole la **dimisión** de su cargo como general en jefe de los ejércitos españoles y terminando con:

“ no puedo terminar con todo, sin recomendar a las bondades y a las gracias de Vuestra Majestad los generales, oficiales y soldados de su ejército. Aunque extranjero, he recibido siempre de los primeros toda la cooperación que estaba en su poder proporcionarme y **me consideré siempre feliz de dar testimonio de las virtudes militares de los soldados españoles**”.³⁷

El general en jefe británico de mirada azul glacial había terminado su misión en España después de casi seis años, pero esa mirada no parece tan glacial si no mucho más humana, cuando alaba caballeramente a esos soldados españoles que al final de la guerra lo hicieron **bastante mejor que cuando les conoció en Talavera**. Ahora son otros hombres. Pero también deberá recordar a 40.000 de sus hombres que han quedado sepultados en las tierras secas y marrones de España. Muchos de ellos, unos 30.000, han fallecido por enfermedades y privaciones. Este general en jefe piensa ahora, si los españoles no guardarán para ellos una gratitud que les corresponde, que en justicia merecen, **espera que esos campos del silencio donde están sepultados, se ennoblezcan con un recuerdo material que supere el olvido con que el tiempo les amenaza**.

La respuesta todavía sigue estando en los españoles.

Jesús Maroto Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción y copia sin permiso expreso del autor.

Si desea utilizar los materiales publicados en este sitio para un uso distinto de los autorizados en el apartado Licencia de uso contacte por favor por escrito a través del correo electrónico.

³⁷ Villa Urrutia Tomo III pag 198 y 199